

NUEVO MÉXICO

Principios de la década de 1990

DÍA 1

El teléfono despertó a Ray a eso de las tres y media de la madrugada. Permaneció inmóvil, con los ojos abiertos. Las luces de la caravana vecina brillaban con un suave resplandor anaranjado a través de las cortinas y el olor de la noche del desierto, antiguo y áspero, penetraba entre los cristales de las ventanas corredizas.

Se pasó la mano por la cara, sin dejar de oír el teléfono. ¿No era eso lo que había pedido? ¿Lo que esperaba? Se mordió el labio, saboreando la sal del sudor seco de su piel y sintiendo algo de dolor al frotarse las mejillas para devolver algo de vida a su rostro.

El teléfono seguía sonando en la mesilla de noche y alargó la mano para descolgar. Las latas de cerveza vacías cayeron al suelo y entre el estrépito percibió el golpe sordo de una lata que había estado medio llena.

Demasiado pronto, joder.

Se incorporó en la cama, se puso el aparato en el vientre y se llevó el auricular a la oreja. Apoyó la espalda en la pared y esperó.

—¿Estás listo para un poco de diversión? —preguntó Memo.

—Define listo.

Memo cacareó algo y Ray imaginó la sonrisa de suficiencia que se estaría formando en su rostro.

—Creía que los viejos como tú os levantabais antes de la salida del sol.

—Yo no soy de esos «viejos» —dijo Ray.

—Tranquilo —repuso Memo—. Es un cumplido.

—Ah, ¿sí? Define cumplido.

—Va a ser como en los viejos tiempos —aclaró Memo.

—Espero que no.

Durante unos momentos reinó el silencio, hasta que Memo dijo:

—Te he llamado para decirte que el chico está en camino. Lo pasado, pasado está.

Ray meditó aquellas sílabas, pa-sa-do.

—Escucha —añadió Memo—. Es mi sobrino y va a ir a verte. Es nuestro futuro, así que trata de que no lo maten.

El sobrino de Memo era Jim Sánchez. Para Ray era un niño que acababa de salir en libertad condicional después de cinco años. Ray no sabía qué esperar.

—Nunca he dicho que trabaje de canguro.

—También dijiste que no volverías a trabajar para nosotros.

—Las cosas cambian.

—Así es, en efecto —replicó Memo, y colgó.

Ray se estiró y dejó el teléfono en la mesilla. La vida no había resultado como había planeado. La única razón por la que había aceptado ponerse otra vez a las órdenes de Memo era porque el trabajo estaba lejos de Coronado, su pueblo natal, el lugar donde se había casado, había tenido un hijo y criado una familia. De todo aquello hacía más de diez años, poco antes de cumplir él los cuarenta. Su vida había cambiado por completo desde entonces, desde que había aceptado trabajar para Memo. Desde que a Marianne empezó a notársele la redondez del vientre. No había trabajo en ninguna parte y Ray necesitaba ganar dinero con urgencia.

Habían pasado diez años sin que Ray hubiera puesto los pies allí, sin que hubiera llamado a casa ni una sola vez. Con un hijo de doce años que Ray temía que ni siquiera lo reconociera. En eso fue en lo único en que pensó Ray cuando lo llamó Memo para ofrecerle la misión, para ofrecerle un motivo por el que volver a casa, aunque los motivos de Ray durante aquellos diez años nunca

habían sido buenos. Al menos aquello se lo debía a Memo. Hacía tiempo que Ray deseaba hacerlo, pero nunca había sabido cómo, algo tan sencillo, una visita para ver a su hijo, una nueva vida lejos de la violencia de los últimos diez años. Memo en el origen de todo aquello.

Memo era un hombre joven cuando Ray lo conoció. Delgado y musculoso, con los angulosos rasgos mexicanos que más tarde, tras la muerte de su padre, comenzarían a redondearse y harían que pareciera tan macizo como un electrodoméstico. Ahora tenía calva la parte superior de la cabeza, y las sienes y el occipucio afeitados, lisos como el metal.

Ray había simpatizado más con el padre que con el hijo, aunque había sido Memo el que había descubierto la habilidad de Ray, y cuando Memo ascendió, también ascendió él. Ray era bueno en lo que hacía, hacer daño a la gente que se ponía en el camino de lo que quería Memo. Reforzar el poder de la familia de Memo y asegurarse de que las drogas que importaban llegaran siempre a su destino. Pero Ray también era prudente, y sobrevivió mucho tiempo porque elegía las misiones que se le presentaban.

De piel morena, Ray tenía un toque de gris en las sienes y la redonda cabeza mexicana que había heredado de su madre y que conforme crecía se había acostumbrado a ver en los primos y hermanos de su madre. Con el pelo corto su mandíbula quedaba más definida y sus rasgos más pronunciados donde el áspero pelo de su barbilla sobresalía formando una barba irregular.

Levantó los ojos para mirar lo que alcanzaba a ver en la habitación, pequeña y abarrotada de ropa tirada de cualquier manera. El fondo de la garganta le ardía de dolor y tenía en la lengua el sabor del alcohol de botiquín. La boca pastosa y seca que sucedía a una noche de borrachera. Siete enanitos le subían por su cabeza, dispuestos a trabajar, y eso era lo que hacían, picar piedra. Los picos en miniatura se alzaban una y otra vez y se abatían sobre su cráneo rítmicamente, uno tras otro.

Cogió el frasco de Tylenol de la mesita, se puso tres pastillas en la mano y se las tragó en seco, acompañándolas con un antiácido y a continuación con una píldora de diez miligramos de las que el médico del Servicio de Veteranos le había recetado dos al día. Los siete enanos siguieron desportillándole la parte posterior del cráneo, cantando una canción infantil que de momento no le venía a la memoria, pero que alguna vez le había cantado a su hijo.

«Aibó, aibó, a casa a descansar...»

Ray abrió el grifo del lavabo. La única luz de aquel recinto, procedente de un aplique de la pared, hacía que sus rasgos brillaran con un color amarillento. El espejo se empañó con el vapor, enturbiando el rostro redondo que le devolvía la mirada.

Puso una mano bajo el chorro del grifo y cuando sintió el calor se echó el agua en la cara, dejando que le resbalara por la barbilla y goteara sobre la pila de loza. Las palpitations de la parte posterior de la cabeza disminuyeron poco a poco por el efecto de las píldoras, como si los hombrecillos hubieran ido a explorar su bulbo raquídeo.

En cuanto Memo le hubo hablado de la misión, decidió que sería la última que haría. Iba a irse a casa, a Coronado. Iba a ir a casa a ver a su hijo. El dinero que había ahorrado le serviría durante los primeros años. Después tendría que buscar un empleo, quizás en los pozos petrolíferos, como antes, pero de momento tendría suficiente. Aquella última misión le ayudaría para cualquier extra que necesitara.

En los años que había pasado lejos de casa se había conservado delgado, había luchado contra el abultamiento que de vez en cuando le sobresalía por la cintura de los pantalones o le hinchaba las perneras de los tejanos. Trabajando los músculos con rigor hasta que el sudor le empapaba la ropa. A pesar de todo había ganado peso durante los años pasados lejos de Coronado. Lo que quedaba de los músculos libres de grasa se le manifestó en las

arrugas de la frente y en las comisuras de la boca cuando movió la mandíbula frente al espejo para enjabonarse con espuma de afeitar.

Tuvo cuidado con la navaja. Cada pase de la hoja ponía al descubierto la delgada capa de la piel, oscura como el barro, una mezcla del matiz rosado de su padre y de la piel más oscura de su madre. Los marcados rasgos faciales quedaron liberados del hirsuto pelo recién afeitado y en su rostro destacaba la delgada y prominente nariz aguileña de su padre.

Memo había dicho que era una lástima lo ocurrido. Ray no supo qué responder. Nada de cuanto pudiera decir borraría el pasado, ni recuperaría a Marianne, ni curaría a su hijo Billy. Memo no podía hacer nada. Ray lo sabía, sabía cómo funcionaba, sabía que el pasado no podía cambiar pero el futuro sí.

Oyó un perro que ladraba en algún lugar del campamento de caravanas y luego el rumor de la grava aplastada por neumáticos. Miró su reloj. Se acercó a la ventana de la cocina a tiempo de ver a un hombre que supuso que sería Sánchez, el sobrino de Memo. Iba al volante de un Ford Bronco, cuyas luces de frenado se encendieron, tiñendo las persianas de la ventana de un color rojo como el polvo del desierto.

En el pequeño armario que quedaba encima del frigorífico buscó la caja de galletas donde guardaba la pistola. El armario estaba a una altura que sólo le permitía ver unos centímetros del interior y tuvo que palpar a oscuras, sacando caja tras caja y poniéndolas a un lado. Por toda la caravana se escondían pequeños recuerdos de su antigua vida, bajo el banco de la sala, encajados bajo la pila del lavabo, ocultos detrás de botes de champú medio vacíos. No eran más que pequeñas cosas... las que se le ocurrió llevarse, las que pensó que podría querer en alguna ocasión, pero de las que ya no quería nada.

Se quedó mirando una caja que tenía juguetes de Billy; los conocía todos y cada uno: un pequeño muñeco de felpa, una figu-

ra de plástico, un pato de goma. Lo conocía todo; incluso la suave superficie desgastada de la caja era un recuerdo de los motivos por los que quería abandonar aquel trabajo y esperaba no tener que volver a ejercerlo nunca.

Aquella misión era pan comido, había dicho Memo. Aunque Ray sabía que sería algo más, siempre era algo más. Y también sabía que se le había acabado el tiempo y que el sobrino de Memo estaba esperando, esperando a que saliera de la caravana e hiciera el trabajo.

Ray volvió a guardar la caja de juguetes en el armario. Encontró la caja de galletas y sacó la bolsa de plástico con las rancias y crujientes galletas de naranja. Cogió la Ruger. La pistola era de un color negro apagado que no reflejaba las luces de la cocina, desmontada, engrasada y montada nuevamente después de cada trabajo. Envolvió la pistola en la chaqueta antes de oír la llamada en la puerta.

Sánchez estaba al pie de los peldaños de la caravana, el vaho de su aliento formaba nubecillas a su alrededor. Ray abrió la puerta y salió al frío. Lo primero que sintió fue el aire, cuatro grados centígrados y sin humedad. Detrás de Sánchez, a la media luz del aparcamiento, vio abierta la portezuela del Bronco, por la que salía el rumor de una emisora que transmitía música hispana. Las otras únicas constantes, el ladrido del perro a lo lejos, hacia la entrada del campamento, y las sombrías masas de las caravanas como envejecidos bloques de viviendas, dispersas a lo largo del estrecho camino de grava. Ninguna era igual a otra, rayadas y abolladas por inquilinos que habían llegado, se habían ido y habían dejado su marca. Sin ir más lejos, la caravana de Ray, una vieja Dalton, alquilada al propio campamento por cincuenta dólares a la semana, estaba apoyada en ruedas y bloques de cemento.

Ray vio que el muchacho se movía, levantaba la cabeza y miraba la caravana de Ray como si fuera la primera vez que veía una y no pudiera creérselo. Era mexicano, al igual que Memo, unos centímetros más alto que Ray, joven y musculoso, con la cabeza

afeitada y una tira de pelo negro en la mandíbula que le iba de una oreja a la otra. Llevaba una sudadera con capucha y zapatillas blancas de tenis.

—¿Tú eres la sangre joven? —preguntó Ray.

El muchacho lo miró esbozando una sonrisa.

—¿Y tú la vieja?

Unas horas después Ray estaba retrepado en el asiento del Bronco. La espesura del bosque de acacias lo oscurecía todo, borrando del polvoriento camino que tenían delante incluso la sombra del vehículo. El trayecto desde Las Cruces por la carretera interestatal había transcurrido en silencio. Al cabo de treinta kilómetros, Sánchez pisó el freno y dejó el volante a Ray. Se dirigían al sur, hacia la frontera mexicana, por una carretera que Ray no había recorrido desde hacía diez años. Pavimentada, con grietas rellenas con alquitrán. Congelada por la noche del desierto y calentada durante el día. Tramos de hormigón de treinta metros que hacían saltar el vehículo como si hubiera un músculo cardíaco debajo de la suspensión. Aroma de flores nocturnas y polvo en el frío aire del desierto.

Sentado allí, Ray era consciente de que la vida se le había ido de las manos desde hacía mucho y que aquel día no iba a ser una excepción. Habían viajado durante casi dos horas y después, tras haber dejado la carretera del valle para tomar el viejo y polvoriento camino que discurría por los riscos, se pusieron a observar el cielo que se iba iluminando lentamente por el este. No tenía el menor deseo de estar allí, sólo la desnuda esperanza de terminar pronto el trabajo y con él la vida que había llevado durante tanto tiempo y para la que no parecía haber curación posible.

Había un plan y se esforzó por pensar en él. Se había criado trabajando para su padre en los campos petrolíferos de Coronado, tenía los hombros y los brazos esculpidos por el ejercicio diario que seguía practicando diariamente, haciendo flexiones en el

suelo hasta que le dolía el corazón y los pulmones le introducían calor fluido en las venas.

—Mi tío me dijo que te habías retirado —murmuró Sánchez. El lento ruido del motor en el aire matutino.

—Dejé de trabajar para Memo —respondió Ray, mirando a Sánchez. El corte al cero de su cabello enmarcaba sus espesas cejas y su rostro mexicano—. No me retiré, es sólo que ya no trabajo para tu tío.

—Pero ahora estás trabajando para él, ¿no?

—Tengo mis razones —señaló Ray.

El Bronco había sido robado de un aparcamiento la noche anterior. Lo habían equipado con luces destellantes, conectadas directamente a los faros. Además, encima del retrovisor del lado del conductor habían atornillado un foco, con un delgado brazo de metal que permitía orientar el foco desde el interior del vehículo mediante un mango de caucho. Sánchez había ido a buscar a Ray durante la noche, antes de que el sol asomara por el horizonte. Vestido únicamente con unos tejanos raídos y una sudadera negra para protegerse del frío, envuelto en un fuerte olor a tabaco y a lubricante de motor.

Ray con la cazadora de lona encerada que siempre llevaba. La cazadora acolchada para estar abrigado. Debajo llevaba una camisa de franela, abotonada casi hasta el cuello, y unos viejos tejanos muy desgastados, con manchas de otras misiones y otros problemas, pero desgastados en cualquier caso. El olor a salvia y a arena del desierto entraba por el sistema de ventilación mientras los dos hombres hablaban con la mirada fija en la lobreguez del día que aún no había despuntado.

—Tengo intención de irme de Las Cruces con el dinero que gane —informó Ray.

—¿Adónde? —Sánchez se echó a reír—. ¿A Florida? No eres tan viejo, y deberías saber que uno no se jubila de esta clase de trabajo. —Sacó una pequeña bolsa de tabaco y papel de fumar.

—¿Esta clase de trabajo? —preguntó Ray.

—Sabes a qué me refiero.

Ray repuso que, en efecto, lo sabía. Sabía mucho de aquello a lo que Sánchez se estaba refiriendo. Quizá demasiado. Lo único que en realidad quería era una forma de salir, y la había tenido diez años antes. Pero no había tomado el camino que debería.

—Has tenido suerte —apuntó Sánchez, poniéndose a liar un cigarrillo.

—Cierto —admitió Ray—. He intentado no cometer errores.

—Tal como me lo contó mi tío, fue un accidente. Pero aun así, se cometieron errores.

—¿Errores? —se sorprendió Ray.

—Tu primo —aclaró Sánchez—. Perdió su trabajo, ¿no? Era el *sheriff* y perdió su puesto por lo que ocurrió. Matar a la mujer de aquel cártel porque tú no quisiste olvidar el asunto.

Ray se esforzó por recordar exactamente lo que le había contado a su primo Tom. ¿Qué le había dicho? ¿Cómo se lo había planteado? Marianne, la mujer de Ray, muerta, y su hijo allí, en la mesa con ellos, sentado en su silla alta mientras Ray y Tom hablaban. Tom con su viejo uniforme pardo de poli, el sombrero tirado sobre la mesa, al lado del pack de cervezas que Ray estaba agotando. Lata tras lata, como si el día siguiente no fuera a llegar nunca y no quisiera enterarse de lo que le decía a Tom que hiciera.

—Deberías de haberte encargado tú —le reprochó Sánchez.

Terminó de liar el cigarrillo y lo dejó en el salpicadero. Se puso a liar otro casi sin detener la mano.

—En aquellos tiempos trataba de no tirar piedras a mi propio tejado. Coronado tenía sus propios problemas; no necesitaba añadir los míos.

—Memo siempre ha dicho que eso fue tu ruina, que comen-
zaste a hacer las cosas a tu manera. Que estabas en tu mejor momento.

—¿Así es como lo explica? —preguntó Ray—. ¿Diciendo que estaba en mi mejor momento?

—Memo dijo que mataste a los hermanos Álvarez en el ochenta y dos.

—Eso fue hace mucho tiempo —musitó Ray.

—También he oído hablar de lo que hiciste en Deming unos años después —continuó Sánchez—. He oído lo que ocurrió en las afueras de Las Cruces, cerca de la granja que hay al norte de la ciudad. Mi tío dijo que fuiste...

—Ya no soy ese hombre —interrumpió Ray. Se volvió y miró el cigarrillo a medio liar que Sánchez tenía en las manos, y luego levantó los ojos—. ¿Cuántos años tienes?

—Veintiséis.

—¿Y cuándo te contaron todo eso?

—He venido oyéndolo con el paso del tiempo. Se lo oía contar a la familia. Decían que hiciste un montón de trabajos en los años setenta y que ascendiste de categoría en los ochenta.

—También oírías que estaba casado, ¿oíste hablar de mi hijo?

Ray observaba a Sánchez. El joven no quería mirarlo directamente a los ojos y miraba la ventanilla, a su propio reflejo.

—También lo oí —confesó Sánchez.

—Errores —repitió Ray. Bajó el cristal de la ventanilla y vio su aliento culebreando en el frío aire matutino. Una cosa era hacer un trabajo con la idea de que era una cuestión laboral y nada más, y otra muy distinta realizarlo en casa ajena, en la cocina donde se comía, donde las mujeres cocinaban y las criaturas gateaban por el suelo.

—Pero lo resolviste —dijo Sánchez—. Conseguiste superarlo.

—Ya no soy ese hombre, ¿lo entiendes? —insistió Ray, escrutando el oscurecido paisaje, repasando detalles de una historia de la que había huido años antes y que creía haber olvidado—. Acabé con todo eso.

—¿Y mi tío te despejó totalmente el camino?

—Era bueno arreglando esas cosas —admitió Ray—, preocupándose por todo.

—Siento lo de tu familia —repuso Sánchez al fin—. Pero eso no cambia nada, deberías saberlo.

—Ya no soy ese hombre.

—Lo seas o no —observó Sánchez—, si recibiste una llamada fue porque conoces la zona, y cumplirás tu misión como has hecho siempre.

—¿Eso es todo?

—Es todo lo que pedimos.

—¿Crees que ese tipo se detendrá por nosotros?

—Si estás dentro de este coche, con las luces destellando, pensará que eres un poli. Si intenta escapar, dará un motivo para registrarlo, y él no querrá eso. Lo único que tendrás que hacer es acercarte y pedirle el permiso de conducir y la documentación del coche. Representa tu papel, ilumina la ventanilla con la linterna y coge el cargamento que llevará debajo del culo.

Ray se enderezó en el asiento. Miraba la carretera silenciosa mientras escuchaba a Sánchez. Tras él, en la parte oscura del Bronco, Ray sabía que había un rifle de caza de largo alcance. También sabía que era mucho rifle para una simple charla en el arcén.

—¿Tú te acercarás conmigo? —preguntó Ray. La Ruger de nueve milímetros que llevaba en el bolsillo de la cazadora acolchada.

Junto a la portezuela había una escopeta, al alcance de la mano de Sánchez, y mientras avanzaban por el camino, éste le había quitado el seguro, luego se lo había vuelto a poner, y había repetido la acción cada diez segundos más o menos; el chasquido hueco del metal marcaba el paso del tiempo.

—No creo que quieras —respondió Sánchez—. Hace unos años, antes de dar con mis huesos en la cárcel, trabajé a menudo con ese tipo. Sabrá por qué estoy allí y, lo que es más importante, se dará cuenta de que no eres poli. —Sánchez volvió a mirar la

escopeta y alargó la mano para quitarle el seguro otra vez—. Si bajo del coche, la situación será completamente distinta.

—¿De veras crees que va a dejarme coger la droga sin más ni más?

—Tú no dejes de enfocarlo con la linterna para que no vea tu cara ni la mía —indicó Sánchez—. Si lo haces bien, coges la droga y lo dejas marchar con una simple advertencia, no podrá hacer nada. No va a perseguir a un poli, ni volverá a Coronado a buscar más droga. Se quedará empantanado.

—¿Quién es esa gente? —preguntó Ray.

—El camión que estamos esperando viene de Coronado una vez al mes. Recogen la droga en la frontera y la llevan al norte, a Deming, y desde allí al este por la interestatal 10, hasta Las Cruces, o al oeste, hasta Tucson. Y todo esto a través de un tipo llamado Darío Campo que tiene un bar en la ciudad.

—Así que se trata de un robo, ¿no?

Sánchez recogió los cigarrillos recién hechos.

—Éste era nuestro territorio —adujo.

—Creía que lo era todavía —expuso Ray—. ¿No es ése el motivo de todo esto? ¿No es por eso por lo que mi primo perdió su empleo y disparó a aquella mujer? ¿Porque Memo quería enfrenar a todo el mundo contra todo el mundo?

—No sé lo que te habrán contado, pero últimamente el cártel se está quedando con todo. Nuestro territorio ha quedado reducido a la mitad.

—¿Y no crees que quizás haya una buena razón para que ya no sea vuestro?

Sánchez guardó los cigarrillos en la bolsa de tabaco y comenzó a liar otro mientras Ray lo miraba. Al cabo de un rato dijo:

—Has estado fuera del circuito. Eso te lo concedo. Crees saber cómo funcionan las cosas por aquí, pero no sabes una mierda. Tendrás que tener mucho cuidado cuando te acerques, cuando cojas la droga. No te pongas gallito porque creas que llevas en el

negocio más tiempo que yo. —Sánchez se detuvo y admiró el cigarrillo a medio terminar—. Ten cuidado con todos los que trabajan para Darío. Darío es un mal bicho. No le regales nada. No dejes que te vean la cara cuando cojas la droga. Limitate a hacer el trabajo y los dos acabaremos bien.

—He hecho esto durante mucho tiempo —replicó Ray.

—Eso es verdad. Mi tío dice que eres el mejor. Me dijo que no había nadie mejor. Pero creo que deberías saber que Darío no es un tipo de fiar. Es de Juárez y pertenece al cártel. El último tipo que trató de hacer lo que vamos a hacer nosotros, tiene las manos desolladas desde la muñeca hasta las yemas de los dedos. Dicen que Darío guarda los pellejos en su escritorio y que se los pone como si fueran guantes cuando hace frío.

—Parece que Memo te ha estado arrojando por las noches. —Ray se echó a reír—. ¿Qué es eso? ¿Uno de tus cuentos favoritos para dormir?

Sánchez no se volvió para mirarlo; se quedó sentado como estaba, moviendo la cabeza de lado a lado, estirando el cigarrillo con los dedos.

—¿De veras te contó eso Memo? —añadió Ray—. ¿Creyó que así impediría que cometieras excesos?

Pero Ray se dio cuenta de que todo se había ralentizado en los últimos minutos. El cártel, pensó Ray. Ya no había nada divertido en aquella clase de vida. Nada era como antes.

La luz se teñía de rosa conforme el rojo camino de tierra iba tomando forma, saliendo de las sombras.

—A ver si el tipo ese pasa pronto —deseó Ray.

—Ya aparecerá —murmuró Sánchez, echando los últimos restos de tabaco en el papel y humedeciéndolo con la lengua.

—Ya veremos —dijo Ray, mirando los árboles y fijándose en el tramo donde el camino de tierra corría en sentido perpendicular a su línea de visión—. No me interesa que haya lío con este trabajo, que estoy deseando terminar.

—No habrá ningún lío.

Ray escuchaba los trinos de los pájaros a través de la ventanilla, el viento que soplaba entre las acacias y el hueco tableteo de las ramas cuando chocaban entre sí. La tierra del gobierno, el olor a vacas y a polvo, todo lo que había en aquel lugar, la vieja propiedad petrolífera de su padre a unos pocos kilómetros al sur, más cerca de lo que Ray había estado en los últimos años, y la mayor parte de la tierra arrendada ahora como pastos a los ranchos ganaderos de los alrededores.

Con el brazo fuera de la ventanilla, Ray dejó la mano colgando cerca del espejo retrovisor. Todo aquello le ponía nervioso. Estar tan cerca de su antigua vida y de una familia con la que nunca había sido sincero del todo.

Se inclinó hacia delante y jugueteó con el foco, deseando que cumpliera su cometido, que pareciese oficial. Si conseguía hacerlo bien, sería libre al fin, hasta que se quedara sin dinero, y si era inteligente, quizá más tiempo aún.

Continuó ajustando el foco y observando el camino hasta que la vieja camioneta Chevy pasó a unos quince metros de donde estaban, sólo con las luces de estacionamiento.

Tardaron apenas un minuto en salir disparados en pos de la camioneta, Ray conduciendo y Sánchez de copiloto, mientras el pálido resplandor de los faros oscilaba delante de ellos, iluminando la parte trasera del vehículo perseguido. Ray había encendido el foco y por el cristal posterior de la camioneta vio a un hombre tocado con sombrero de ala ancha, la piel pálida bajo la luz del foco. Junto a él había otro hombre con el que ni Ray ni Sánchez habían contado, pero que estaba allí, les gustara o no.

Ray quitó el seguro de la Ruger con el pulgar.

—¿Sabes a qué se debe esto? —preguntó. Se inclinó y se introdujo la pistola por debajo del cinturón, observando la vieja Chevy, que se había detenido a unos treinta metros, el débil resplandor de las luces de estacionamiento visibles a través de la niebla matutina.

—No importa —repuso Sánchez—. No cambia nada.

Ray empujó la portezuela con el antebrazo y la abrió. En la mano izquierda llevaba una linterna, que golpeaba rítmicamente contra su muslo. La fuerte luz del foco incidía en todas partes y la sombra que proyectaba ante sí, y que pisaba, era densa y oscura como un abismo.

Nada allí afuera, salvo el olor de las flores del desierto, polvo y boñigas de vaca. Una estrecha hilera de nicotianas amarillas crecía como malas hierbas al lado del camino, apenas visible a la luz del amanecer. Encendió la linterna y se la puso a la altura del hombro al acercarse a la camioneta. Ray sabía que los tipos como aquel se ponían nerviosos cuando veían a la policía.

Estaba ya muy cerca de la parte delantera del vehículo. Levantó la luz cuando llegó. Ray conocía a aquel individuo. Se llamaba Jacob Burnham y llevaba trabajando en aquella zona desde que Ray era un niño. Y de repente lo supo, supo por qué Memo había insistido tanto en que Ray aceptara aquel trabajo.

Ray conocía a Burnham de toda la vida. Habían traficado juntos con drogas cuando Ray empezó en el negocio. La primera reunión que había tenido con la familia de Memo fue preparada por Burnham, veinte años mayor que Ray, de piel pálida, con las venas azuladas bajo la piel y el pelo plateado como el mercurio ya por entonces.

Burnham era el mandamás local. El que había estado en Coronado siempre, moviendo la droga de un lado a otro de la frontera. Era el tipo del que Ray oía contar historias de niño, susurradas cuando Burnham doblaba la esquina del otro extremo de la manzana y desaparecía de la vista. Ahora Ray trabajaba en el mismo negocio que aquel hombre. Lo había hecho durante más tiempo del que le gustaba admitir. La misma clase de trabajo, la misma profesión, y sabía que toda aquella gente de Coronado susurraría el nombre de Ray exactamente igual que años antes había susurrado el de Burnham.

No quería apartar los ojos de Burnham, sentado ante el volante, esperando. La luz de la linterna incidió en la ventanilla y deslumbró al viejo. Cuando estuvo seguro de que Burnham no tenía nada en las manos, golpeteó en el cristal con los nudillos y esperó a que bajara la ventanilla.

—Buenos días, agente.

—¿Lleva encima alguna identificación? —inquirió Ray, bajando el tono de la voz para que fuera irreconocible, distinta de cualquier cosa que Burnham pudiera recordar.

El hombre introdujo la mano en el bolsillo trasero. El sombrero beis de vaquero se hizo a un lado, un sombrero de ala ancha y plana, de un estilo que Ray no recordaba haber visto fuera de Coronado. Burnham sacó la billetera, cogió el permiso de conducir y se lo dio a Ray.

—Jacob Burnham —dijo Ray. Pasó el pulgar por el documento, fijándose en la foto del hombre. Blanco como la piedra y de piel arrugada, con el plateado cabello peinado hacia la derecha, un cabello de corte asimétrico, como si se lo hubiera cortado él mismo—. ¿Y quién está a su lado? —Ray vio que Burnham miraba al otro hombre y volvía a posar los ojos en Ray.

—Se llama Gil Suárez —respondió Burnham.

—¿Es verdad eso? —preguntó, devolviéndole la documentación—. ¿Tendrían la bondad de bajar? —añadió, con la linterna todavía a la altura del hombro.

Burnham vaciló. Volvió a mirar a Ray y el vaho de su aliento bailoteó en el haz de luz hasta que desapareció nuevamente en la oscuridad.

—Nunca había visto un ayudante de *sheriff* vestido como usted.

—No soy un ayudante de *sheriff* corriente —informó Ray. El viejo entornó los ojos para ver los rasgos de Ray más allá de la luz, pero mirando hacia un lado, donde la luz no era tan potente—. Discúlpenme —añadió Ray—, pero en estos tiempos no se sabe

quién viaja por estos caminos. Prefiero tenerlos fuera, donde pueda verlos sin necesidad de imaginar lo que llevan en las manos o bajo el asiento.

El viejo suspiró, dejando escapar el aire con un largo silbido, como si estuviera a punto de arrojarse de cabeza a un lago de agua fría.

—No hacíamos nada ilegal —protestó Burnham—. Y tenemos todo el derecho a estar aquí.

—Conozco sus derechos —replicó Ray. Movi6 los ojos hacia el asiento donde estaba Gil Suárez, calculando si aquel hombre, más joven que el otro, podía representar algún peligro, y luego volvió a mirar a Burnham. Observó al viejo y, cuando hizo ademán de bajar, Ray ya tenía la mano cerca de la cadera—. Sólo quiero hacer una comprobación, para asegurarme de un pequeño detalle —informó.

Burnham tenía medio cuerpo fuera del vehículo cuando Gil Suárez trató de huir, y Ray con la pistola ya en la mano daba la vuelta a la camioneta en busca de un buen ángulo de tiro. Gil, doblado por la cintura, corrió en oblicuo para refugiarse entre las acacias que flanqueaban el camino. Burnham erguido fuera del coche, con las manos estiradas para asir la pistola que empuñaba Ray. Éste derribó al viejo de un empujón y recorrió el lateral de la camioneta para posicionarse. Gil ya casi entre los árboles. No se podía hacer otra cosa, así que Ray apretó el gatillo y el resplandor que brotó de la boca del cañón iluminó la cabina de la camioneta como una bengala amarilla. El proyectil rebotó en el techo de metal y se perdió en el aire gris del amanecer.

Al oír el disparo, Gil se agachó y siguió corriendo. Ray había apuntado muy bajo. No sabía si Gil tenía una pistola ni lo que podía llevar encima. Burnham se había levantado del suelo y trataba de escapar rodeando la camioneta, doblado por la cintura, corriendo también hacia los árboles. Ray clavó los ojos en el viejo y dio la vuelta al vehículo.

No quería disparar contra Burnham, pero sabía que lo haría si éste no se detenía. Ray estaba a punto de llegar al extremo de la camioneta cuando el escopetazo pilló a Burnham en plena zancada. Vio al viejo salir volando y desaparecer por el borde del camino. Al volverse vio a Sánchez en pie, fuera del Bronco, cargar la escopeta y disparar de nuevo hacia la figura móvil de Gil. Gil cayó, a tres metros del camino. Una lluvia de perdigones en el polvo, en la zona en la que había tropezado.

Un hijo de puta con suerte, pensó Ray.

Sánchez cargó otra vez la escopeta mientras el joven se levantaba y corría por la franja arenosa que separaba el camino del muro de arbustos, medio cayéndose al desaparecer en la espesura de acacias marrón verdosas.

Ray se quedó allí, apuntando con la Ruger los arbustos. El eco del disparo perdiéndose en el valle mientras el viento silbaba entre la densa vegetación que rodeaba el punto del camino donde estaban.

Se volvió a mirar a Sánchez, que seguía al lado del Bronco.

—Coge el rifle de atrás —indicó Ray. Se introdujo la Ruger bajo el cinturón y se volvió para observar el lugar por el que había desaparecido el otro tipo. Esforzándose por distinguir una ruta entre las acacias. Esperaba el rifle con el brazo estirado.

Sánchez metió el busto en el Bronco y sacó el rifle de caza. Lo sostuvo con una mano y con la otra le pasó la escopeta a Ray por encima de la puerta abierta del copiloto.

—Me ocuparé del más joven —dijo Sánchez.

Ray sujetó la escopeta con ambas manos. La había cogido en alto, por el cañón, y sintió el calor del metal caliente en la piel, el olor a azufre del reciente disparo.

—¿Le has dado? —preguntó.

—Creo que no.

Ray se quedó mirando el lugar por el que Gil se había colado en la espesura. No creía que el muchacho llegara muy lejos, sabía

que se quedaría sin protección al cabo de unos cientos de metros, donde la autopista cortaba longitudinalmente el valle. Por el momento, allí no había más que sombras y espesos arbustos. La luz se filtraba ya por el horizonte oriental, tiñendo el cielo de sangre. Todo lo demás era niebla azul grisácea y sus delgadas sombras que se estiraban hacia el oeste.

—Si sale de la espesura verá la autopista del valle.

—No hay lugar donde esconderse en esas tierras bajas. —Sujetando el rifle con una mano, Sánchez sacó con la otra tres cartuchos del bolsillo. Los sostuvo en la palma de la mano y se los pasó a Ray.

Sánchez tiró del cerrojo del rifle, miró la cámara y devolvió el cerrojo a su sitio. El rifle utilizaba cartuchos de 7,80 milímetros de calibre, casi cinco centímetros de longitud y con la forma de misiles en miniatura. Eran suficientemente grandes para abatir a un venado de doscientos kilos, y lo bastante potentes para atravesar la piel y los músculos y partir huesos.

—¿Has visto cómo ha saltado el viejo?

—Lo he visto —respondió Ray.

Sánchez dio unos pasos hacia la hondonada en la que había caído Burnham. Oyó el leve borboteo que producía al respirar.

—Aún está vivo.

—También veo eso —replicó Ray, siguiendo a Sánchez hasta el cuerpo caído de Burnham.

Sánchez se volvió en busca de beneplácito.

—Ha estado bien, ¿verdad?

—Será mejor que te pongas en marcha. Ese muchacho no deja de correr y tu arma no alcanza más de mil metros —apremió Ray. Llevaba los cartuchos en la mano y empezó a guardárselos en el bolsillo, esperando a ver qué hacía Sánchez—. Memo me quería para este trabajo porque le interesaba que ese hombre me reconociera, ¿verdad?

Sánchez asintió con la cabeza sin dejar de mirar al caído Burnham.

—Te dije que habría lío —recordó Ray.

—No lo habrá —dijo Sánchez. Un asomo de sonrisa y el breve gesto de orgullo que Ray detestaba ver en el rostro de su compañero—. Mi tío lo preparó bien, ¿verdad?

Ray se detuvo para asimilar aquellas palabras.

—Hay una pala en la parte trasera del Bronco.

—¿Y por qué hay una pala? —preguntó Ray, negándose a creer lo que estaba oyendo.

Sánchez no pareció enterarse de lo que le decía Ray. Ya estaba en marcha hacia el borde del camino y la alta espesura de acacias, con el rifle en la mano.

Ray elevó la voz; lo bastante para que Sánchez no pudiera hacer oídos sordos.

—¿Por qué hay una pala en la parte trasera del Bronco?

—Para los líos —respondió Sánchez por encima del hombro, cruzando el camino y deslizándose por el terraplén.

La verdad era que, en cuanto había visto a Burnham, Ray había sabido que las cosas saldrían tan mal como habían salido. En ningún momento había existido la posibilidad de que todo se limitara a una simple charla en el arcén. Había desechado todo aquello hacía rato. Lo había desechado metiéndoselo hasta el fondo de las tripas, junto con todo lo demás.

Todo lo que le había contado Memo era una simple excusa, una manera de llevarlo allí para que hiciera lo que mejor se le daba, lo que detestaba hacer, y con lo que creía que había terminado de una vez para siempre. No se habían apostado allí para cometer un simple robo. Estaban allí para librarse de la competencia. Se fijó en Sánchez, que se perdía ya en la espesura con el rifle por delante, como la vara de un zahorí, siguiendo el rastro de Gil.

Ray se volvió a mirar la camioneta de Burnham. Ambas puertas estaban abiertas y las luces destellantes bañaban toda la escena con incesantes fognazos. El viejo yacía entre las sombras, al borde del camino. El cuerpo tirado en la hondonada, boca arriba, el

aire de los pulmones moviendo apenas el pecho, todavía vivo. La sangre formando lentamente un charco debajo de él, en la tierra seca. Una forma horrible de morir, pensó Ray, tiroteado de aquella manera.

Ray conocía a aquel hombre. Lo había conocido durante casi toda su vida y se agachó a su lado, y vio los ojos húmedos del viejo que empezaban a empañarse. La respiración trabajosa de Burnham, caído a los pies de Ray, mientras de su rostro desaparecía la capacidad para concentrar la mirada. Ray hincó una rodilla en tierra, observando a Burnham, tirado allí después de haber volado a un metro de donde estaba, un pequeño gorgoteo salía de su garganta. Disparado de lleno en el costado, apretando la herida con una mano para tratar de detener la hemorragia. Y con la otra aferrándose al suelo con fuerza, a la altura de la cadera, como si estuviera en peligro de dar vueltas sobre sí mismo si se soltaba.

El viejo debía de andar por los setenta años. La sangre apareció en su rostro, en el punto de la mejilla donde la herida teñía de un profundo color rubí la barba blanca, los músculos faciales rígidos por el dolor que le producía moverse, y la piel de su frente se volvía blanca y limpia como el papel nuevo.

Burnham cerró los ojos humedecidos y volvió a abrirlos con un lento parpadeo.

—Los tiempos han cambiado —dijo el viejo, con sangre en la parte de los labios que se habían unido para hablar.

—Los tiempos son los mismos de siempre, *viejo*, el que ha cambiado eres tú.

Burnham miró hacia arriba y consiguió enfocararlo. Ray supo que el hombre lo había reconocido, lo supo con la misma seguridad con que reconocía su rostro cuando se miraba en el espejo. De alguna extraña manera, eran como parientes, conectados por ser quienes eran y por hacer lo que hacían, y darse cuenta de eso le producía una sensación de angustia. Durante todos aquellos años, Ray había pensado en alguna ocasión que su relación tal vez

terminara tal y como estaba terminando. No había habido sorpresas, pues, nada que liberase a Ray de aquel futuro imaginado tantos años antes.

Ray no sabía cuánto tiempo llevaba el viejo trabajando en aquella zona, pero aquello había acabado ya. Sacó una caja de antiácidos del bolsillo de la camisa. Todavía rodilla en tierra, masticó la amarga píldora mientras el viejo agonizaba en el suelo.

—Los tiempos han cambiado —repitió el viejo—. Tú crees que no, pero te equivocas. Ya tienes edad suficiente. Deberías saberlo.

Ray no quería ser como aquel hombre, en absoluto. Se puso en pie, tratando de poner espacio entre ellos, pero sin dejar de mirar al viejo en ningún momento. En la mano llevaba la escopeta, en la boca el sabor a tiza del antiácido. Con una mano en la culata de la escopeta, sacó los cartuchos que llevaba en el bolsillo de los tejanos y se puso a cargar el arma.

—Todo esto antes era campo abierto —dijo Burnham—. Igual que algunos lugares que aún pueden verse en el sur. Ahora todo está parcelado y vendido, y no puedes ir a ninguna parte sin que nadie se entere. —Burnham ladeó la cabeza a la izquierda y escupió sangre en el suelo, luego la volvió hacia arriba para mirar a Ray. La herida que el perdigón le había abierto en la mejilla parecía profunda y oscura como un pozo—. Yo cabalgaba por estas tierras con mi familia, con mi hermano y mi padre, pero todo eso ya no existe, ¿lo entiendes?

El charco de sangre que había debajo del hombre, un dibujo informe en el suelo, se iba ensanchando gradualmente. Sus ojos se cerraron una vez, luego otra. Ray le dejó hablar, descargarlo todo. Era lo que Ray desearía para él cuando le llegara el momento, cuando dijera sus últimas palabras y tratara de reconciliarse con el mundo. Cuando quisiera contar cómo había acabado por tomar aquel camino, y cuánto lo lamentaba todos los días, pero no sabía cómo volver atrás.